

tir, por extrañas contradicciones, todo su sentido político. Creo haber designado bien á las claras al escritor quizá más ruidosamente célebre de la Alemania moderna, el más combatido y criticado, Strauss, autor de la *Vida de Jesús* objeto de tantas controversias, y

cuya tormentosa vida, cuyos numerosísimos escritos, cuyas radicales inconsecuencias enseñan mucho del estado moral de Alemania é influyen mucho en su movimiento político y en sus crisis históricas.

CAPITULO XXXIX.

EL DOCTOR STRAUSS.

La antigua Suabia es una region deliciósima, quebrada en sus terrenos, vária en sus paisajes, humedecida y regada por claros arroyos y profundos rios, cubierta de bosques cultivadísimos y de agrestes selvas; con rientes colinas y sublimes montañas; rica en praderas donde se alimentan incomparables ganados y en viñedos donde se cojen suaves vinos; hermosa por la fecundidad de su naturaleza y hermoçada aún más por la virtud del trabajo. En esta region brótaron los coros de poetas, cuya gloria se refleja sobre la frente de toda Alemania; y nacieron el gran filósofo Hegel, y su infidelísimo discípulo el doctor Strauss. Inútil recurrir á los biógrafos para conocer la vida de este hombre, los sentimientos y las sensaciones de sus primeros años, los padres que le dieron el sér y le criaron, los maestros que le instruyeron; el desarrollo de su inteligencia, la vida de su corazón, porque él mismo se ha revelado al mundo y se ha trasmitido á la historia en páginas, en fragmentos, que brillan por la fluidez de la frase y la pureza del gusto.

En santa poesía rebosan las sencillas y delicadas páginas que ha escrito de su madre, contando á sus propios hijos, y ofreciéndoles como ejemplo que seguir y modelo que imitar, la vida de su santa abuela. No busqueis en estos relatos el arte trágico de Rousseau, que al nacer da muerte á la que le diera vida, y tiene existencia tormentosa, como si corriera sobre cáuce abierto en los abismos del infierno. La casa donde ha nacido y se ha criado Strauss, brilla por esa poesía íntima del corazón, del hogar, de la familia, que tanto sirve á vivificar y sostener el sentimiento de la propia individualidad en las razas germánicas. Su madre queda huérfana en edad bien temprana. Su abuelo materno la socorre, la acoge, la educa en sencilla medianía, con el cariño más tierno y el cuidado más previsor y más profundo. El abuelo tiene casa de comercio, donde aprende la netezuela todas las enseñanzas del menaje; y tiene viña productora, donde la netezuela aprende el amor al campo y á la naturaleza. Cuando los racimos comenzaban á madurar, no la permitia

ir á cogerlos; pero cuando llegaba la sazón de la vendimia, iba y comía todo cuanto le demandaba el gusto. En aquel pueblecillo, que el escritor bendice como la cuna de su felicidad, fué su madre á la sencilla escuela del siglo pasado, que enseñaba á leer en un solo libro, á entonar en coro los cánticos de la Biblia, á trazar sobre la pizarra suma y resta, division y multiplicacion, las cuatro fundamentales cuentas. No sabia francés, ni siquiera alemán clásico; produciase en dialecto suabo, pero asombraba á todos por su sólida instruccion, por su sentido comun, por su vasta memoria, por sus conocimientos de la Sagrada Escritura, en los cuales nunca llegó á sobrepujarla su hijo, á pesar de su larga carrera de teólogo. El abuelo habia ocurrido á su educacion. Así le guardó siempre religioso culto. Para obsequiarla en uno de sus cumpleaños, colgó su marido un retrato al óleo del abuelo en la sala, copia de otro antiguo, y cuando entró y lo divisó, se conmovió profundamente á la delicada sorpresa, llorando á un tiempo mismo de dolor y de alegría.

En Stuttgart, donde fué enviada para que aprendiera á coser y cocinar, se casó con el padre de Strauss, comerciante tambien como el abuelo materno, aunque dependiente de otros sócios, y por lo mismo sin ninguna autonomia, y en posicion bastante delicada y crítica. En 1807 nació Strauss. A los pocos años de este nacimiento, y á los cuarenta y cinco de edad, llegó su padre á director de la casa de comercio. Pero esta posicion, que tanto habia deseado, solamente le sirvió para arruinarse. Las guerras de la Independencia y las medidas económicas de Napoleón destruyeron su almacen y desvanecieron sus ensueños de fortuna. Era el padre de Strauss en literatura clásica docto, incansable lector de Horacio y de Virgilio, que llevaba siempre bajo el brazo, y gran amigo de las abejas, de esas hijas de la luz, de esas madres de la miel, que nos regalan en sus productos la sangre y el alma de las flores, y que nos ale-

gran con la unisona música de sus vibrantes zumbidos. A literato, á teólogo, á filósofo debieron dedicarle sus padres y no á comerciante, para cuyo oficio carecia de talento y de prevision. La bancarota hubiera venido á no ser por el trabajo de la madre, por su economía, por su celo, por su ciencia del menaje, por sus ahorros, por sus cuidados, por su alejamiento de todo aquello que no fuera el culto de su casa y la educacion de sus hijos. Así, la santa esposa, la madre santísima pasó toda su vida en padecer y en ocultar á la familia sus padecimientos. Siempre deseó tener una viña como en su niñez, y nunca pudieron procurársela en la ancianidad, ni su esposo ni sus hijos. Un pariente le cedió corto espacio de huerta, y allí plantaba legumbres y hortalizas para la casa, y con ellas rosas, violetas y algunas otras flores modestísimas, perdiéndose en la vida de la naturaleza y alabando á Dios en cánticos tan espontáneos como los cánticos de las aves. ¡Qué pena para esta santa mujer la publicacion de la *Vida de Jesús*, del escrito de su hijo! No participaba de aquellas ideas, no olvidaba la fé aprendida en su Iglesia y en su escuela protestante; pero no convenia en que malos móviles, orgullo ofendido, ambicion desapoderada, deseo de celebridad y de gloria hubieran guiado la pluma de su hijo. Y sin embargo, la ortodoxia intolerante, el pietismo feroz alzaron hasta la madre las ofensas inferidas al hijo, y amargaron los últimos dias de aquella mujer, que lo habia educado en la más severa virtud con el ejemplo; y en lenguaje divino, como es el lenguaje de las madres, le habia inspirado la fé cristiana aprendida en el hogar, en la escuela y en el templo.

Desde la casa paterna pasó Strauss al monasterio de Blaubeuren, fundado por los benedictinos en el siglo undécimo para casa de religion, trasformado por la Reforma en seminario de jóvenes eclesiásticos, presidido por un director llamado Eforo, á quien secundaba varios catedráticos llamados repeti-

dores; ornado de ogivales ventanas que acusaban su ancianidad; cortado por claustros abovedados, cuyos techos cubrian artesanos de encina; lleno de seminaristas, que dejaban el calor de su familia para caer en vigorosísima disciplina, en vida conventual, en trabajos excesivos, sino superiores á sus fuerzas, incómodos á su atencion, ajenos á su edad, y sólo interrumpidos por algunos paseos en comun, algunas oraciones en alta voz, algunos cánticos en coro.

Sus dos maestros principales allí fueron Baur y Kern, sábios verdaderos; más pensador y más decidido el primero en la difusion de sus pensamientos; erudito el segundo, con gran talento asimilador, pero indeciso entre los partidos teológicos: catedrático aquel de prosistas latinos y griegos, leia con sus discípulos en arrobamiento los diálogos de Platon; catedrático éste de poetas latinos y griegos, leia con igual entusiasmo los versos de Homero y Sófoles: el uno filósofo más que filólogo y crítico en sus explicaciones; el otro consumadísimo literato y artista; ambos eruditos y excelentes. Sin embargo, uno y otro tenian grave defecto para la segunda enseñanza. Traspasaban los límites señalados á su materia; desconocian ú olvidaban la edad temprana y la inteligencia tierna de sus alumnos; se remontaban tan alto y tan lejos que se perdian de vista en el cielo inmenso del pensamiento, olvidando á los jóvenes en sus nidos de barro, donde apenas les brotaban las ténues alas para seguirles y acompañarles; circunstancias dañosas al comun de la gente, favorables al carácter y al entendimiento, fuertes, animosos, precoces, del joven teólogo, que adivinaba ya las lenguas de fuego destinadas á iluminar su espaciosa frente.

Strauss nos ha dejado en la biografía de su amigo Marklin descripciones, así de la impresion que le producian aquellos maestros, como de la impresion que le producian aquellos sitios: las pintorescas viciosas colinas que las

viñas coronaban con sus pámpanos y sus racimos; las ágras montañas cubiertas de asperísimos riscos y cortadas por peligrosos derumbaderos; las rientes orillas del Neckar; los valles profundos abiertos entre eminentes y estrechas cordilleras; el aire vivificante que se respiraba en las altas cimas; los recuerdos que renacian de los arruinados castillos; el torrente de La Blau que los incitaba á bañarse en el estío, sin que pudieran atender á sus incentivos, porque entraban blancos y rubicundos como buenos germanos, y salian rojos y trasformados en cangrejos cocidos; el lago que tras el claustro retrataba el cielo en su tranquila superficie, del color de los lagos en el Tirol y en Suiza.

Del Monasterio de Blaubeurer, donde cursara la segunda enseñanza, pasó á la Universidad de Tubinga, donde habia de concluir su carrera. La ciudad es pequeña, pero bella y culta. El Neckar le besa los piés, y viejo feudal castillo le corona las sienas. Uno de sus señores, muy pródigo, le dió alguna libertad á cambio de que pagara sus régias deudas. El tiempo la ha dividido en dos, en ciudad nueva y ciudad vieja, y le ha impreso ese carácter de juventud y de ancianidad que presta á las ciudades tanta hermosura. Las montañas que la cercan y las selvas que cubren estas montañas, dan deleitosa amenidad á sus cercanías y mucha pureza á su atmósfera. En los momentos de llegar Strauss á esta Universidad, dominaban dos tendencias: primero un espíritu de conciliacion que se acercaba mucho al racionalismo; despues un sistema supernaturalista que se acercaba mucho á la ortodoxia. Por un felicísimo concurso de extrañas circunstancias, los grandes maestros del Seminario pasaron á la Universidad. La antigua ortodoxia fué proscripta, y la nueva teología de Schleiermacher admitida. Aquel profundo culto á la razon, aquel sábio olvido de los milagros, la feliz concordancia entre la ciencia y la fé, las armas tomadas en la dialéctica, el espíritu panteista

esparcido en sus dogmas, la exaltación del fundador de la Religión meramente como dotado de un espíritu que lo infinito henchía; todas las ideas del maestro le parecieron al pronto larguísima inmovible paz firmada entre la revelación y la razón, cuando al poco tiempo pudo persuadirse de que era solamente un transitorio armisticio. En tal coyuntura, en tan crítico estado de ánimo, llegó á sus manos el libro por excelencia de Hegel, la *Fenomenología*, su obra maestra, su tesoro, el resumen de su doctrina, brotando por doquier ideas nuevas, puntos de vista desconocidos, encadenamientos jamás señalados antes entre la idea y el sér, entre las leyes de la lógica y las leyes del Universo; entre la filosofía donde todos los pensamientos nacen, y la Historia, donde el pensamiento se realiza; entre el arte y la Religión, la Religión y la ciencia, fases del espíritu, puntos de la línea incalculable de la idea, serie filosófica, escala luminosa por donde el sér vá subiendo desde el abismo insondable de su primera esencia, cercana á la nada, hasta la plenitud de la vida, hasta la conciencia de sí en lo absoluto.

Y á medida que subía la idea filosófica en su ánimo, bajaba la idea teológica. Parecía que el protestantismo caminaba rápidamente á desconocer su principio fundamental y primero, á saber: que la libre é íntima convicción del individuo debe aceptar las creencias, sin ceder en ningún tiempo á extrañas sugerencias, principio reemplazado por una adoración fetichista á la letra muerta. Sólo una aristocracia del pensamiento ha conservado la razón bastante serena, la conciencia bastante iluminada, la voluntad bastante libre para no petrificarse en la tradición y seguir el camino abierto por sus íntimas vocaciones, por aquellos interiores llamamientos á que llamaba Sócrates la voz de Dios en la vida. La literatura nacional ha preservado del retroceso y del decaimiento, que pudo llegar hasta la reacción católica, al espíritu germá-

nico. Afortunadamente un hombre superior realizó el progreso de la unión evangélica, despojando los dogmas y principios que se paraban á las dos comuniones de todo su carácter y de toda su fuerza de obligatorios, con lo cual quedaba más espacio al libre pensamiento que en la antigua ortodoxia. La carga de dogmas, de milagros, de tradiciones, que hacia zozobrar la nave de la Iglesia, fué arrojada al mar, para que pudiese mantenerse más ligera, y correr más dócil á los vientos del siglo. Cristo mismo no era ya la segunda persona de la Trinidad, el Hijo de Dios separándose de su mansión divina para tomar nuestra pobre carne humana, y después de su existencia terrestre, interrumpida por el patíbulo y el sueño de la muerte en el sepulcro, reanudada por la resurrección, y terminada por su ascencimiento á los cielos; después de su existencia terrestre confundido de nuevo con el Eterno; era un hombre moralmente perfecto, pero sujeto á las estrechas condiciones de la vida individual y la vida nacional, necesitado de ser engrandecido por la sávia de las ideas, por las corrientes del tiempo y por la luz de la conciencia humana en sus progresivas trasfiguraciones.

Pero á esta efusión del espíritu había sucedido estrecha ortodoxia, hija de la reacción. Las rotas banderas de las tradiciones fueron desempolvadas y lanzadas al viento. Los tribunales literarios cayeron bajo la inspección y la férula de las aristocracias pietistas. Los estudios preparatorios, que enseñaban filosofía y filología, se mermaron para evitar las tentaciones paganas. El estudiante de teología no debe preguntar qué ideas son verdaderas, sino qué ideas son provechosas. Y la locura de la supremacía sacerdotal entra en los entendimientos, y en los corazones el entusiasmo por la dominación material. Cada sacerdote se propone más que iluminar la conciencia del pueblo, dirigir la voluntad del rey. Fanática intolerancia se apodera de los caracteres que odian todo cuanto

cierra el paso á sus ensueños y á sus ambiciones. Todos están podridos, porque todos llevan un feto muerto en su cerebro, la propia ahogada conciencia. Lo necesario es oírse á sí mismo, estudiar la propia razón, y no caer, como los siglos anteriores, en el error, en la preocupación de que está fuera de nosotros, allá en cielos apartados, lo que está dentro de nosotros mismos; que es sobrenatural inspiración la idea, nuestra propia hechura. Y llevado de estos pensamientos que eran para él reglas de conducta, Strauss se propuso estudiar la verdad con independencia de toda tradición, y decir lo que él creyera verdad, sin temor á ningún género de preocupaciones. Y puso mano en el gran trabajo de escribir la *Vida de Jesús*.

No creais, sin embargo, que ha sido siempre el racionalista que revelan sus obras y sus polémicas. Educado en la tradición religiosa por su piadosísima madre, crecido en las aulas de un Seminario, sus primeros años son años de creencias tranquilas. Pero el siglo guardaba mil tentaciones y la serpiente de la duda se deslizaba en el paraíso de la inocencia. Eran los días del Mesianismo, los días en que la electricidad brillaba como un nuevo espíritu difundido por el planeta; en que se aceptaban toda suerte de leyendas acerca de este agente del Universo; en que se creía posible la transparencia de los cuerpos, la trasfiguración angélica de las criaturas, la vista material y la experiencia tangible de las almas, el viaje á la luna, á Urano, donde Goethe, allí transmigrado, recibe á los recién venidos; la comunicación estrecha con todos los mundos, el abrazo efusivo á todos los seres hasta llegar á la plenitud de la vida en la eternidad, identificados con Dios. Así no es mucho que de las tradiciones religiosas, de la piedad cristiana pasara Strauss primero á una doctrina en la cual tomaba la naturaleza mágico aspecto, á la doctrina de Jacobo Boehm, y de la doctrina de Jacobo Boehm á otra doctrina, en que

la naturaleza tomaba carácter idealista, á la doctrina de Schelling. Era propiedad de aquellas almas, achaque de aquellos tiempos no detenerse, no fijarse en ninguna idea; clamar á la puerta de todas las escuelas en demanda de la verdad; arrastrarse al pie de todos los altares en busca de consuelo; pasar de sistema en sistema como la mariposa de flor en flor para libar su esencia; subir de la naturaleza á Dios, y caer desde el seno de Dios en la nada; sumar los dioses de todas las religiones para ver si daban fuerzas al desmayo de la voluntad y de la conciencia; estado semejante al estado de la escuela alejandrina, sincretismo semejante á su sincretismo, cuando la antigüedad reunía los números pitagóricos á los dioses homéricos, las ideas de Platon á las experiencias de Aristóteles, el Verbo de Plotino al espíritu universal de los estoicos, creyendo reunir sus fuerzas para la continuación de la vida y trazando en realidad su testamento, el epílogo de sus creencias, para la próxima hora de la muerte.

La doctrina de Boehm debía tentar á hombres como Strauss: aquella relación del mundo espiritual con el mundo físico, de la moralidad de las acciones humanas con el desarrollo de la vida cósmica; aquella resurrección del número pitagórico y de sus combinaciones con las ideas y con las cosas; la virtud del siete que se extiende desde las obras espirituales de Dios hasta los días de la creación, desde los días de la creación hasta las cualidades primeras del sér, desde las cualidades primeras del sér hasta los brazos del candelabro apocalíptico, pues todo en la naturaleza es símbolo expresivo de alguna idea superior, todo animado, así en la materia universal como en el universal movimiento por el soplo divino, por la divina palabra, que primero crea el Hijo, después el Espíritu Santo; y como hay tres Personas en la Trinidad hay tres mundos en el Universo; dos, mandados por Miguel y Ariel, donde los